

*De mundos inciertos*  
*Antología de cuentos*



*La otra orilla*



## La casa de los dos portales

Cuando estuve allí esta Semana Santa, habían restaurado la casa de los dos portales, y ahora el edificio acoge la llamada Cámara Oficial de Comercio, Industria y Servicios de León. Acaso por haber transcurrido ya tantos años, el cambio no me produjo la emoción que debiera. Sin embargo, sentí en una parte lejana y profunda de mí el alivio de saber que aquella casa de la avenida del Padre Isla, perdido su desolado abandono, estaba dedicada a unas actividades colectivas regulares, y comprobar que su portal trasero ya no existía con la función que tuvo en otros tiempos.

Y cuando me encontré con Publio, al que no veía después de mucho tiempo, tras las palabras de reconocimiento y salutación, eso fue lo primero que me dijo:

—¿Sabes que han reparado la casa de los dos portales y que ya no es una vivienda abandonada, sino un lugar con mucha actividad pública?

Publio, los gemelos y yo íbamos juntos al colegio. Quedábamos citados en la plaza de Santo Domingo y, cuando estábamos todos, emprendíamos la marcha recorriendo la avenida del Padre Isla para entrar por la calle de Renueva y luego subir hasta el colegio por Ramón y Cajal.

La casa de los dos portales está en el número 30 de la avenida del Padre Isla. Es un edificio de ladrillo, cubierto de pizarra, con un primer piso y un alto abuhardillado.

Tenía entonces dos portales, pero ninguno de ellos estaba orientado hacia la calle: en esa dirección quedaba uno de los muros laterales, con dos grandes ventanales rodeados de hiedra. Los portales daban, cada uno por opuesto lado, al espacio de terreno que rodeaba la casa: una pequeña finca cerrada por un alto muro de ladrillo que tenía esquirlas de cristal embutidas en su cresta. Al fondo de uno de los lados se veía un trozo de jardín enmarañado y la puerta de un cobertizo. El muro de ladrillo aislaba la finca de las construcciones aledañas. En la parte que daba a Padre Isla ofrecía una sólida y oxidada portalada de reja.

La contemplábamos cada día, al pasar. Estaba abandonada desde hacía muchos años, y de aquel ámbito que ninguna presencia humana había atravesado en tanto tiempo, entre el follaje asilvestrado y libre del jardín y el hermetismo de las inmóviles persianas, se desprendía una emanación misteriosa, llena de atractivo.

El padre de Publio, que era procurador, se ocupaba también de la administración de casas y estaba encomendado de la venta de aquella. Publio contaba sobre ella una confusa historia de muertes y huidas a América que los demás escuchábamos con una mezcla de incredulidad y fascinación.

Yo creo que habríamos contemplado aquella casa varios centenares de veces, en todas las estaciones —en los oscuros días del invierno, cuando el hielo cubría de escarcha las ramas de los árboles, y en la primavera, cuando empezaban a brotar en la hiedra las hojas nuevas, de un brillante verde claro, y los pájaros llenaban el jardín con su algarabía; cuando aparecían, allá por junio, desordenadamente, flores diversas en los abandonados parterres, y en otoño, cuando el suelo se ponía amarillo con las hojas secas que abatían los primeros vientos— sintiendo siempre cómo aquel lugar despertaba en nosotros la misma nostalgia de selvas vírgenes, de ruinas de fantásticos templos o fortalezas, de algún reino secreto.

Aquel curso buscábamos cualquier lugar solitario para nuestras reuniones. Éramos un grupo de exploradores re-

corriendo al albur el corazón de un continente desconocido. Cuando empezó a templar, íbamos a la confluencia del Bernesga y el Torío y, entre las mimbreras y las zarzas que se enredaban bajo los chopos, mientras las gaviotas, tan exóticas tierra adentro, sobrevolaban las aguas, imaginábamos singladuras llenas de peligro en tierras de pirañas y reductores de cabezas.

Una mañana luminosa nos quedamos contemplando la casa de los dos portales largo rato. Alguien comentó entonces en voz alta el deseo común: sería una extraordinaria exploración la de aquella casa, el jardín salvaje, la cochera, las habitaciones donde la soledad llevaba tanto tiempo estancada.

Publio puso muchos inconvenientes. Su padre era severo y, si descubría que le escamoteaba las llaves, lo castigaría con dureza. Nosotros argumentábamos que sería solamente una vez, una tarde, y que lo haríamos de modo sigiloso, aprovechando la quietud de la sobremesa, sin que nadie nos viese.

Tardó bastante tiempo en determinarse. Al fin, pasados los exámenes, en ese lapso atribulado que transcurre hasta la entrega de las calificaciones, se decidió. Habíamos quedado en el Reloj, a las cuatro en punto. El sol de junio brillaba en las calles vacías y de las casas manaba un susurro tranquilo.

Publio portaba la gran llave de la reja y otras dos más pequeñas, de arcaico modelo, correspondientes a los portales. Al parecer, la cochera no estaba cerrada con llave.

Por dentro, el jardín era mucho mayor de lo que aparentaba desde la calle. Entre la vegetación hirsuta quedaba una fuente de piedra, con un angelote desnudo sujetando una cabra por los cuernos, así como dos bancos. En la cochera, cuya puerta tardó bastante en ceder a nuestros empujones, ya que la madera estaba crecida y raspaba contra el suelo, había un gran Hispano-Suiza de color morado oscuro, cubierto de polvo, y entre los resquicios del alero —el cober-

tizo no tenía cielo raso— habían anidado las golondrinas y los pardales.

Estuvimos un rato dentro de la cochera; primero en el coche, moviendo los traspontines, cambiando las velocidades y girando el enorme volante; luego, revolviendo en los viejos cachivaches que se amontonaban contra la pared del fondo. Al fin nos dirigimos al portal delantero de la casa y, mientras los gemelos vigilaban desde la reja el paso de algún transeúnte, Publio y yo, con bastante esfuerzo, abrimos la cerradura y empujamos la puerta. Asustándonos, cayeron sobre nuestras cabezas pedazos del yeso que cubría el dintel, resquebrajado y enmohecido.

Unos pasos más adelante comenzaba la escalera que llevaba al primer piso y al desván. La casa tenía muchas habitaciones, todas ellas vacías de muebles. Entreabrimos con precaución y mucho esfuerzo las persianas, y la luz de la tarde iluminó los entarimados polvorientos y las paredes en que estaban impresas las huellas de cuadros, armarios y cabezcos desaparecidos. Una extraña mancha en la madera del suelo de una gran sala dio pábulo a aquellos rumores de ocultos homicidios que nos relatara Publio. Así, la casona solitaria iba adquiriendo poco a poco una dimensión adecuada a nuestros sueños de aventura.

Cuando ya no nos quedaba por explorar ningún rincón, nos dimos cuenta de que, a lo largo de nuestro minucioso registro, no había aparecido la puerta correspondiente al portal trasero que la casona presentaba en su exterior.

Inspeccionamos con atención cuidadosa la pared del fondo del recibidor, que sonaba a vacío, pero no encontramos ninguna abertura. Al fin, los gemelos hallaron, en el pequeño hueco bajo la escalera, disimulada entre los cuarterones de madera que cubrían el tercio inferior del muro, una pequeña puertecita cerrada que no tendría más de setenta y cinco centímetros de alto y acaso cincuenta de ancho.

El descubrimiento de aquel escondrijo enardeció nuestra curiosidad, y el mismo Publio —que mantenía en toda la

aventura una actitud de tutela, como velando por los intereses del propietario— apenas opuso resistencia a la idea de des-cerrajar el firme cerramiento de aquella puertecita. Los gemelos, que venían provistos de algunas herramientas, se aplicaron a la tarea con un fuerte destornillador y, al poco tiempo, la cerradura saltó y la puerta se abrió con chirrido de bisagras.

Efectivamente, había unos cuantos escalones y abajo una puerta similar a la de la fachada que, sin duda, daba a la trasera de la casa. Por alguna decisión de los propietarios, el ámbito total de aquel portal había quedado disminuido y reducida la salida a aquella puertecita disimulada.

Atravesamos a gatas el vano de la puertecita y bajamos luego las escaleras. La cerradura se abrió suavemente. Salimos al exterior, que en aquella parte era apenas un callejón flanqueado por el alto muro. Al fondo no había comunicación alguna con el jardín y el muro se cerraba bruscamente contra la pared de la casa.

Nos sorprendió la oscuridad. Abstraídos en nuestra peripécia, el tiempo había pasado y era necesario retornar a casa. Percibimos entonces, en el muro que daba a la calle, un cambio no advertido anteriormente: un gran boquete tras la hiedra y muchos ladrillos desmoronados. A la luz del crepúsculo, todo el muro tenía un aspecto ruinoso.

Cuando salimos a la calle, fuimos conscientes de que el panorama no era el habitual. Pese a la hora, las farolas permanecían apagadas. Pero no solo la oscuridad urbana de aquella penumbra crepuscular daba señales de algo diferente sino, sobre todo, la soledad: la calle estaba vacía de presencia humana y tampoco pasaba ningún vehículo. Además, había un gran silencio.

Cerramos la verja y echamos a andar. Poco a poco fuimos percibiendo, con desconcierto, que aquella tarde se había producido en la ciudad una transformación insólita. Sobre las aceras se dispersaban, con una profusión exagerada, mondas secas, harapos, papeles arrugados y desperdi-

cios de todas clases. Cuando llegamos a la plaza de Santo Domingo, aquella súbita suciedad cobraba unas dimensiones gigantescas: en el centro de la plaza, como si muchos camiones la hubiesen volcado en aquel preciso punto, había una verdadera montaña de basura. La calle de Ordoño estaba también solitaria y silenciosa y apagados todos los letreros que, habitualmente, pregonan el nombre de los comercios.

Sin hablar, sentimos todos cómo nuestro desconcierto se convertía en miedo. Así, en lugar de despedirnos nos quedamos juntos, inmóviles.

—Venid conmigo hasta casa —pidió Publio.

Lo acompañamos. Publio vivía junto a la calle de la Pícaro Justina, encima de un puesto de periódicos que también cambiaba tebeos y novelas. De repente, la tienda había desaparecido y, en su lugar, había una oscura carbonería donde a la luz de un candil de carburo, entre astillas, cisco y espesas telarañas, hacía calceta una vieja. Publio contempló atónito aquella escena.

—Adiós —dijo por fin en voz baja, y desapareció en el portal.

Nosotros nos habíamos quedado también inmóviles. La plaza ofrecía un aspecto peculiarmente desolado: los árboles, tan verdes aquellos días con los primeros calores del verano, se mostraban desnudos de hojas, extendiendo sus ramas peladas con todo el ademán del invierno; los bares, siempre a esas horas visitados por una bulliciosa muchedumbre, estaban casi a oscuras, albergando una clientela muy escasa de hombres viejos, pasmados ante los mostradores bajo una luz mortecina, también inusual. Nos cruzamos entonces con el primer transeúnte, un muchacho flaco que se desplazaba con penoso caminar, llevando a las espaldas un saco.

La ciudad parecía invadida por una súbita decrepitud. La misma penumbra del crepúsculo, que debiera ser rosada, fulguraba sobre los tejados con cárdeno relumbrón.

Muy despacio, sintiendo cada vez mayor temor ante aquella metamorfosis, nos alejamos de la casa de Publio. Los gemelos vivían cerca y yo les seguía sin dudar, incapaz de separarme de ellos para buscar mi propio destino.

Apenas salíamos a la plaza cuando nos sobresaltó un grito a nuestras espaldas. Publio venía corriendo con los brazos levantados en un gesto desmesurado. Lo mirábamos acercarse llenos de angustia, a punto de gritar nosotros también y de levantar los brazos con idéntico pavor.

—¡Esa no es mi casa! —exclamó en un murmullo.

El pelo se le había levantado y tenía las orejas rojas como tomates.

—¡No está mi madre, ni mi hermana! ¡Hay gente desconocida! ¡El portero también cambió!

Sin hablar, continuamos andando hacia la casa de los gemelos. Sonó con toda nitidez el pitido de un tren, retumbando en el silencio de modo distinto al habitual, como una queja o un aullido.

Esta vez subimos todos. Los gemelos llamaron al timbre, pero nadie atendía. Al cabo, se abrió la puerta y asomó un rostro muy pálido, de grandes rasgos toscos que recordaban el del hermano bobo de los gemelos, en una cabeza que se bamboleaba sobre un tronco grande, ancho y retorcido. Miró a todas partes, como si no nos viese, y luego se alejó pasillo adentro en una carrerita retumbante. Los gemelos entraron también y nosotros nos quedamos en el recibidor, al otro lado de la cortina que lo separaba del pasillo.

En aquella casa solía oler siempre a los copiosos guisos que doña Balbina, la madre de los gemelos, preparaba para su extensa familia; unos guisos en que nunca faltaba la cebolla, el laurel y el pimentón picante. Pero aquella tarde el aroma apetitoso había sido sustituido por un olor a moho, a aire mucho tiempo encerrado, detenido y rancio. A través de las hojas entreabiertas de la balconada que daba al patio interior, llegaba un lejano murmullo ininteligible, como de un largo monólogo.

Íbamos a marcharnos Publio y yo cuando volvieron los gemelos. Había en ambos el mismo gesto de desolada impotencia. Hablaron también con un murmullo. De toda la familia, solo aquel trasunto borroso, extraño, del pobre Fermín, mantenía un recuerdo del hogar.

—En nuestra habitación no hay camas, ni armarios —decían—. Solo jaulas, montones de jaulas vacías, como de conejos, o gallinas.

Bajamos a la calle. La noche se había apoderado ya de la ciudad y en las farolas había un mínimo fulgor, un resplandor propio de una época de grandes restricciones. Hacia la plaza de toros avanzaban por la carretera tres enormes carretones como los del circo, despintados y llenos de desconchones, tirados por una recua de mulas flacas.

Todos temblábamos.

—Vamos a mi casa —dije.

La estatua de Guzmán estaba rodeada de vegetación vigorosa, una súbita maraña de trepadoras que envolvía el pedestal y se elevaba hacia la figura con gesto invasor. A lo lejos brillaba tenuemente la Catedral y pudimos ver con horror que los remates de las torres estaban carcomidos, desmochados, como si también una gran ruina se hubiese apoderado de ella. Los castaños de La Condesa y los chopos de la ribera ofrecían también el ramaje desnudo de los inviernos. Entre los brillos de las ventanas se apreciaban numerosas manchas opacas: faltaban muchos cristales y había en todo la misma apariencia de abandono y deterioro.

Al entrar en el portal de mi casa, lo primero que advertí fue que el ascensor no cumplía ya su función. Desaparecida la reja exterior de hierro y los cables de donde colgaba, y sustituidas las puertas por un panel de madera con un ventanuco, la cabina ejercía ahora como chiscón de la portería y Paco, el portero, dormitaba con las manos sobre el periódico, portando en su rostro unas extrañas gafas negras, parecidas a las de los ciegos.

A lo largo de las escaleras, las paredes presentaban el aspecto acostumbrado, aunque con más rayones, inscripciones, manchas y dibujos, que en torno de los timbres de las puertas se habían multiplicado aquella tarde hasta convertir el yeso del enfoscado en una rugosa sucesión de bajorrelieves.

Abrí con el llavín y encendí la luz. Era mi casa, pero muy cambiada, casi irreconocible. En unos casos, solo se había modificado la disposición de los muebles o de los objetos; en otros, los mismos objetos eran diferentes, absolutamente desconocidos. Era mi casa, entreverada de una misteriosa trasmutación.

Creí al principio que no había nadie, pero cuando me acerqué a mi alcoba oí el ruido de una respiración ronca. Era mi habitación, sin duda alguna: en la pared seguían colgados los retratos de costumbre —aquel en que estoy en un prado, muy de niño, con unos tirantes tiroleses y una camisa de rayas, entre mi padre y mi madre, y el de mi primera comunión, con todo el colegio en el claustro, en aquel grupo flanqueado por niños vestidos de ángeles y pastorcitos— y, sobre la cabecera, el crucifijo de latón. Pero en la cama estaba tumbado un hombre desconocido, de pelo gris, con los ojos cerrados. Era él quien exhalaba aquella respiración sonora que parecía un ronquido o un estertor. En sus rasgos había unos signos vagamente familiares que incrementaron mi temeroso desasosiego.

Salí de la habitación y me acerqué a la galería, pero no llegué a entrar: a través de la puerta entreabierta vi que, sentada en la mecedora, meneándose suavemente, con el rosario en una mano y el abanico en la otra, estaba mi abuela. Y estuve a punto de gritar, ya que mi abuela había muerto hacía ya dos años: su cadáver, inmóvil dentro de la caja la mañana siguiente a su fallecimiento, me había impresionado de modo atroz.

Era mi abuela, sin posible error. Murmuraba lentamente las palabras de la oración mientras abría y cerraba el abanico.

Bajamos otra vez a la calle. Algún fenómeno había transformado nuestra ciudad y nuestros hogares, y estábamos allí solos, huérfanos, sin saber qué hacer.

Al cabo, los gemelos tomaron la decisión de pasar la noche en el caserón de los dos portales, donde al menos estaríamos protegidos por un techo. Tanto era nuestro miedo, que ni siquiera teníamos hambre.

El miedo se convirtió en una congoja inmensa cuando nos acercábamos a la casona. Como fluyendo de lo alto, más arriba de los oscuros aleros de las casas, comenzó a oírse un llanto inacabable. Alguien estaba llorando y el llanto resonaba en aquella soledad, en aquel silencio de la ciudad inanimada, sustituyendo los sonidos del ajetreo cotidiano, convirtiéndose en el nuevo sonido de los edificios y de las calles.

Abrimos la verja y nos dirigimos al portal trasero, que era en aquella oscuridad el único iluminado, aunque muy tenuemente, por la luz siempre menguada de las farolas. Una vez dentro, subimos las escaleras, atravesamos la puertecita camuflada en la pared y nos encontramos de nuevo en el enorme recibidor, cuya espesa oscuridad atravesaba la luz de las linternas con una tajadura que parecía cortar algo sólido.

El gemelo pequeño había asumido el mando del grupo. Nos hizo entrar en la sala que daba a la calle, buscó en algún lugar un montón de viejos sacos y se puso a extenderlos por el suelo.

—Podemos dormir aquí —decía.

Sumergidos en nuestra angustia, los demás lo veíamos actuar como si, precisamente por aquella serenidad que pensábamos disparatada, perteneciese él también al gigantesco desorden de la ciudad. Luego, se acercó a una de las ventanas y tiró con esfuerzo de la cinta de la persiana, que se fue alzando lentamente.

—Hay que ahorrar pilas —decía.

Y de pronto, nos llamó. Nos acercamos a él, que señalaba la calle. Desde aquella posición, las farolas brillaban con la luz habitual y se oía el rumor de alguna bocina.

Logramos levantar la falleba y abrir, con un ruido de maderas viejas, las hojas de la ventana. Afuera la noche había cambiado totalmente. Llegaba hasta nosotros el rumor familiar de la ciudad viva. Olía a verano, a brotes recientes, a polen.

Seguimos al gemelo pequeño, que salió de la sala, bajó las escaleras del portal delantero, corrió el pestillo de la puerta y, tras asomarse sigilosamente, lanzó una exclamación de alivio.

Salimos todos y echamos a correr hasta la verja: la visión atisbada desde la ventana era verdad. La gente caminaba por las aceras o se detenía frente a los escaparates llenos de luz, y por la calzada pasaban los automóviles con sus luces blancas, amarillas y rojas. Habíamos recuperado la ciudad cotidiana.

—Sí —le contesté—. Ya vi que la restauraron. Ya lo vi.

Sin duda persisten, en el fondo de mi mirada, las brasas de ese viejo fulgor despavorido que se mantenía en el fondo de la suya. Aquel recuerdo ha teñido todos los hechos de mi vida. Y cuando salgo a la calle tras abrir la única puerta de mi casa, me asalta a menudo el temor de encontrarme en esa ciudad inmóvil, corroída, infinitamente triste, que acompaña a la otra como una sombra invisible.

## El niño lobo del cine Mari

La doctora estaba en lo cierto: ningún proceso anormal se desarrollaba dentro del pequeño cerebro, ninguna perturbación patológica. Sin embargo, si hubiese podido leer el mensaje contenido en los impulsos que habían determinado aquellas líneas sinuosas, se hubiera sorprendido al encontrar un universo tan exuberante: el niño era un pequeño corneta que tocaba a la carga en el desierto, mientras ondeaba el estandarte del regimiento y los jinetes de Toro Sentado preparaban también sus corceles y sus armas, hasta que el páramo polvoriento se convertía en una selva de nutrida vegetación alrededor de una laguna de aguas oscuras, en la que el niño estaba a punto de ser atacado por un cocodrilo, y en ese momento resonaba entre el follaje la larga escala de la voz de Tarzán, que acudía para salvarle saltando de liana en liana, seguido de la fiel Chita. O la selva se transmutaba sin transición en una playa extensa; entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño encontraba la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columna de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretase de un modo más claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y

el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata.

Una vez más, la doctora observó perpleja las formas de aquellas ondas. Como de costumbre, no presentaban variaciones especiales. Las frecuencias seguían sin proclamar algún cuadro particularmente extraño.

Las ondas no ofrecían ninguna alteración insólita, pero el niño permanecía insensible al mundo que le rodeaba, como una estatua viva y embobada.

El niño apareció cuando derribaron el Cine Mari. Tendría unos nueve años e iba vestido con un traje marrón sin solapas, de pantalón corto, y una camisa de piqué. Calzaba zapatos marrones y calcetines blancos.

La máquina echó abajo la última pared del sótano, en la que se marcaban las huellas grotescas que habían dejado los urinarios, los lavabos y los espejos, y por donde asomaban, como extraños hocicos o bocas, los bordes seccionados de las tuberías y, tras la polvareda, apareció el niño, de pie en medio de aquel montón de cascotes y escombros, mirando fijamente a la máquina, que el conductor detuvo brusca-mente, mientras le increpaba, gritando:

—¿Qué haces ahí, chaval? ¡Quítate ahora mismo!

El niño no respondía. Estaba pasmado, ausente. Hubo que apartarlo. Mientras las máquinas proseguían su tarea destructora, lo sacaron al callejón, frente a las carteleras ya vacías cuyos cristales sucios proclamaban una larga clausura, y le preguntaban.

Pero el niño no contestó: no les dijo cómo se llamaba, ni dónde vivía. No les dio atisbo alguno de su identidad. Al cabo, se lo llevaron a la comisaría. Aquel raro atildamiento de maniquí antiguo y el perenne mutismo desconcertaban a los guardias. Al día siguiente, las dos emisoras daban la curiosa noticia y en el periódico, por la mañana, salió una fotografía del niño, con su rictus serio y aquellos ojos fijos y ausentes.

La doctora puso en marcha el aparato y comenzó a oírse otra vez el cuento. En el niño hubo un breve respingo y sus ojos bizquearon levemente, como agudizando una supuesta atención cuyo origen tampoco podía ser comprobado. Tanto los sonidos reproducidos a través de algún instrumento como las imágenes proyectadas de modo artificial, lo hacían reaccionar del mismo modo, y producían unas ondas como de emoción o súbito interés. La doctora suspiró y le palmeó las pequeñas manos, dobladas sobre el regazo.

—Pero di algo.

El niño, una vez más, permanecía silencioso y absorto.

Al parecer, su nombre era Pedro. Al poco tiempo de haberse publicado la foto en el periódico, una señora llorosa se presentaba en la redacción con la increíble nueva de que el niño era hijo suyo, un hijo desaparecido hacía treinta años. La señora era viuda de un fiscal notorio por su dureza. La acompañaba una hija cuarentona. Extendió sobre la mesa del director una serie de fotos de primera comunión en que era evidente el parecido. Acabaron por entregarle el niño a la señora, al menos mientras el caso se aclaraba definitivamente.

El hecho de que un niño desaparecido treinta años antes—en un suceso misterioso que había conmovido a la ciudad y en el que se había aludido a causas de venganzas oscuras— apareciese de aquel modo, como si solo hubiesen transcurrido unas horas, era tan extraño, tan fuera del normal acontecer, que a partir del momento en que se le atribuyó aquella identidad, ni la prensa ni la radio volvieron a hacerse eco de la noticia, como si el voluntario silencio pudiese limitar de algún modo lo monstruoso del caso.

El asunto era objeto de toda clase de hipótesis, comentarios y conclusiones en mercados y peluquerías, oficinas y tertulias y, por supuesto, en cada uno de los hogares. Hasta tal punto el tema parecía extraño, que los amigos de la familia dudaban si lo más adecuado sería darle a la madre la enhorabuena o el pésame.